



## El verano musical catalán

JORGE DE PERSIA

**E**l verano musical catalán, del que tanto hemos hablado con elogios a sus protagonistas, organizadores e intérpretes, presenta síntomas que llaman a la reflexión. Y me gustaría no ser negativo en la apreciación, porque el trabajo es mucho y de buen talante, sino sólo ejercitar la crítica.

Una rápida mirada a las programaciones de este 2007 muestra señales inequívocas de alarma. En los últimos años diversas pequeñas localidades que ven notoriamente incrementada su población durante el verano, se han volcado –en actitud loable– a organizar actividades musicales, algo siempre mejor que sucumbir al ruido de las motos y la construcción. Y en este sentido hay pequeños festivales que han acuña-

do espacios: los menos son proyectos en crecimiento, aunque la mayoría están en estado de vegetación. Hay un notorio alejamiento de *lo clásico*, y no parece haber preocupación por definir y comprometer al público o acercar nuevos. ¿Se reflexiona sobre aquello que en muchos sitios sus habitantes consideran actividades “para los de Barcelona”?

Los grandes y ajardinados festivales del Empordà han decidido apostar por algo así como los *cuarenta principales*, dejando caer el repertorio clásico, cuyo bastión parece haberse reclinado en el Montgrí, o en el liederístico de Vilabertran; en el resto –salvo algún mirlo blanco–, se valora sólo lo que “naturalmente” atrae al público, y los medios sancionan la ecuación establecida. Ciertamente hay gran música en los diferentes géneros que éstos abordan,

qué duda cabe; no se trata de ello. Lo grave es que estos signos responden a una tendencia general en territorio español: insistir en lo ya probado, escasez de proyectos que apunten a renovar y consolidar nuevos espacios, hay carencia de músicos

### *Una rápida mirada a las programaciones de este 2007 muestra señales inequívocas de alarma*

locales en las programaciones, escasas apuestas por construir en conjunto o en términos interdisciplinarios, y, también, poco sentido crítico.

En lo que hace a lo de casa, y ex-

cepciones al margen, ahora que las administraciones están más implicadas, hay síntomas que exigen una reflexión inmediata. A saber:

Falta absoluta de coordinación, increíble teniendo en cuenta que la mayor parte de los recursos salen de la misma bolsa.

Apuesta por el consumo –los mágnatas ofrecen lo barato que hay a mano, con criterios de calidad discutibles– y muchos organizadores compran.

Disminución notoria de la participación de músicos locales –tanto intérpretes como autores–, o insistencia en mediocridades, por ser de aquí... o de Austria...

Falta de ideas creativas, producido a veces de desconocimiento y de no disponer de asesoramiento.

Escaso aprovechamiento del importante patrimonio arquitectónico y urbanístico (monasterios, iglesias, castillos, rincones urbanos) y de sus características histórico-culturales específicas; incluso desde instancias oficiales se promueven actividades nada afines a su esencia.

En cuanto al contenido, en Cata-

lunya y España se hace lo mínimo para contentar el compromiso que exigen las subvenciones, con notorio desconocimiento y falta de valoración del patrimonio musical.

Si a ello sumamos que Barcelona parece tener cada vez menos que decir y, mirando hacia el sur, ¿cómo es posible que la riqueza de Tarragona no se vea iluminada con buenas músicas?

Disponemos ahora de más recursos y, además, cualificados, de profesionales, de medios de difusión, de un público más exigente y en aumento, aunque la capacidad de propuesta parece resultar, cuando menos, inversamente proporcional.

Es curioso que después de años de administraciones nuevas y avance de la democracia, Catalunya no haya sabido acuñar ningún festival de prestigio nacional e internacional, mientras que en territorio español los únicos que siguen consolidados con letras mayúsculas son los de Granada, San Sebastián y, algo menos, Santander, coincidiendo con el esquema estival ya sancionado en tiempos de la dictadura. ●